
ESPIRITUALIDAD [II]

Marcel Légaut

Jesús, el Cristo.- Acción, Contemplación.- La Cena.- La oración.- Ser uno mismo.- La pareja.- El celibato.- El tiempo.- La muerte. (¹)

Ser uno mismo

- A lo largo de la vida se dan instantes decisivos, decisiones capitales que son esencialmente personales. Para mí, por ejemplo, la vuelta a la tierra y el abandono de la Universidad y de las ventajas de ser profesor. No se llega a saber nunca qué traumatismos producirá el abandono de una determinada condición, ni cuánto tiempo

(¹) Este texto es continuación del publicado en el *Cuaderno* anterior. Como se recordará, “Espiritualidad [I]” comprendía los primeros epígrafes: Jesús, el Cristo; Acción, Contemplación; La Cena; La Oración. Igual que entonces, también ahora seguimos la versión que preparó Légaut para la segunda edición de *Paciencia y pasión de un creyente*, que se publicó en 1990. Tan sólo en un par de ocasiones hemos añadido, en nota, un párrafo de la primera edición (1976) que Légaut suprimió en la segunda. Lo hemos hecho o bien porque nos sigue pareciendo interesante lo que dice o bien porque el hecho de haberlo suprimido indica un cambio que resulta interesante. La primera edición tenía forma de entrevista, mientras que la segunda suprimía las preguntas y hacía de todo el texto un solo cuerpo dividido únicamente por los grandes epígrafes. Nosotros hemos optado por una solución intermedia: insertar un guión donde antes comenzaban las respuestas.

llevará curarlos. Tal vez sea necesario ver crecer la cosecha para descansar de las fatigas de la siembra. Mientras el grano sembrado yace muerto en la tierra, es como si permaneciéramos en la oscuridad, aun cuando, en el levante, el sol anuncie ya la cosecha del año venidero.

De joven, a comienzos del siglo xx, concebía la vida religiosa secular de manera parecida a la vida monástica clásica; me parecía necesario el celibato. Precisamente, una de las facetas de mi fidelidad ha sido descubrir, a lo largo de una larga y compleja evolución no exenta de dificultades y de graves crisis, que, en mi situación y para la vida que debía llevar, era preciso casarme.

No es bueno definirse en la vida demasiado temprano. Al contrario de la fe –que abre un campo de libertad en el que uno traza el camino paso a paso inventando la vida–, la adhesión ferviente a una doctrina, a un ideología, marca la ruta por adelantado y muestra la meta desde el comienzo. La adhesión ideológica inspira al ser con fuerza y le posibilita entregarse a fondo; no obstante, cuántos fracasos importantes –a veces de la dimensión de una vida– pueden acaecer si no se desprende uno a tiempo de esos arrebatos, tantas veces meramente ideológicos, todo generosidad, benéficos en su origen, pero finalmente negativos. A la larga, la fidelidad, ciertamente real en los comienzos, acaba momificada en dedicaciones febriles, y la perseverancia se convierte en un camino marcado de antemano, más tenacidad virtuosa que otra cosa. De este modo, uno se disfraza y se vuelve un personaje voluntarista, a expensas del ser al que únicamente haría posible la vía descubierta paso a paso por el ejercicio de la fidelidad y dictada por el movimiento de la fe.

Algo parecido ocurre con las grandes influencias que pueden ejercer en nosotros algunos seres particularmente potentes, por más benéficas que éstas sean. No hay duda de que no llegamos a ser nosotros mismos sin los demás, y que cuanto más vivos estamos, más pueden aportarnos los otros. Pero es preciso desvincularnos de tales influencias y guardar las necesarias distancias frente a los otros –inclu-

so frente a los seres más queridos– si queremos que su ascendencia sobre nosotros sea ocasión de crecimiento y no de “extravío”.

Por ejemplo, Teilhard –por no hablar de muchos otros que influyeron de forma importante en mí– fue uno de los que más me abrieron los ojos: ¡con qué entusiasmo entré en su proyecto! Creo haber sido fiel a su pensamiento al seguir de manera personal e independiente los puntos de vista que me proporcionó al comienzo, por más que ahora los míos se distancien, bajo muchos aspectos, de los suyos. Teilhard fue un hombre que despertaba a la vida espiritual. Tales seres son, sin duda, raros, pero también lo son quienes han alcanzado una interioridad suficiente como para salir de su somnolencia... y más raros son, si cabe, quienes, después de hacerlo con fuerza, no terminan por volver de nuevo a su sopor habitual.

Una comunidad viva puede desempeñar una misión semejante de revelación. Por ejemplo, el grupo en el que participo desde hace más de cuarenta años. Al principio tuve sentimientos idolátricos hacia ese grupo, que no me habría ayudado en mi formación tanto como lo hizo si no hubiese sabido desligarme a tiempo de él y de su fascinación, lo cual no quiere decir que no me continuase entregando a fondo a él. «Para la obra de sus días, que cada uno se prepare al desprendimiento último, porque todo lo que edifica el hombre, al igual que todo lo que contribuye a su devenir, es frágil y precario, y carece, a diferencia de él, de una promesa de eternidad».⁽²⁾

– Hace veinte o treinta años no teníamos la posibilidad de dar a nuestros hijos una formación espiritual que brotase directamente de la vida del grupo. No celebrábamos la Cena como podemos hacerlo ahora cuando pasa por casa un sacerdote que comprende... Pero hay que añadir igualmente que los hijos necesitan perder el apego a la familia que les ha protegido desde su nacimiento, guardar distancias

⁽²⁾ Légaut cita libremente un fragmento de una de sus plegarias. Ver “Plegarias de hombre” en *Cuadernos de la diáspora* 7, pág. 55.

frente a ella, y más todavía en estos tiempos en los que todo cambia y evoluciona velozmente. Para los hijos, una comunidad de fe puede ejercer un papel que los padres, mal que les pese, no pueden desempeñar. Debemos reconocerlo: con sólo nuestra ayuda, nuestros hijos, que son “buenos chicos”, no pasarían de ser practicantes con una cierta regularidad, pero con esto no se va muy lejos.

– El gueto favorece la “perseverancia” en lo que se refiere a la observancia de las obligaciones, pero nada más. La contundencia con la que el gueto hace sus afirmaciones le confirma en su fortaleza. El gueto no es espiritualmente fecundo: se contenta con la esterilidad del talento sepultado y enmohecido. Una religión así comparte la estrechez de una secta aun cuando pretenda tener un alcance universal por ser internacional. La “predestinación” la tranquiliza –si es que lo necesita– acerca de su legitimidad y justifica la mediocridad de su irradiación; irradiación que, por otra parte, no llega sino a quienes ya iban tras un orden estable, de seguridades y de certezas amadas por sí mismas hasta el extremo de idolatrarlas. Pero, por fortuna, también aquí se producen, en algunos –a lo largo de su vida–, rupturas radicales, fruto de la reacción y bajo la fuerte presión de lo que yacía íntimamente reprimido en ellos desde demasiado tiempo atrás. Estos virajes son de gran calado e incluso dejan huellas indelebles (como aversión o amargura, por ejemplo) de las que después resulta difícil liberarse.

Por el contrario, la religión personal –que se quiere espiritual pero que rechaza someterse a la disciplina de las afirmaciones doctrinales y de las prácticas éticas y culturales cuyo valor en conciencia crítica– resulta siempre fecunda gracias, precisamente, a la originalidad, a veces bohemia, de sus trayectorias y de sus manifestaciones marginales. Esta fecundidad se da aunque ese hombre aparentemente yerre y siga caminos poco coherentes, que parecen abocados al fracaso. Su verdad se revela con el tiempo. La vida es larga. La paciencia de Dios es grande y su fidelidad tenaz. El hombre, cuando está vivo, no escapa fácilmente de Dios, pues corre en su búsqueda sin saberlo y a veces sin poder nombrarlo aun después de

haberlo encontrado de tanto como lo han disfrazado quienes hablan mucho de Dios sin vivirlo apenas...

En una familia, lo que se siembra en los hijos durante su juventud constituye para ellos un don desconocido cuyo vencimiento es a largo plazo. Los hijos reciben de su padre y de su madre mucho más de lo que creen. Y éstos han dado a sus hijos mucho más de lo que piensan. Ese don manifestará su riqueza a lo largo de toda la vida, y tal vez aún más cuando se acerque la vejez. Cada uno corresponde libremente, a su modo, a lo recibido, asumiendo también sus riesgos y peligros. Gracias precisamente a esos riesgos, al menos a algunos de ellos, la gran tradición cristiana se perpetúa puesto que, donde hay fidelidad a lo que se debe ser, se alcanza el nivel de lo universal, siempre fecundo.

La pareja

– Aparte de las leyes que la sociedad impone, están las que la Iglesia dicta a los cristianos. Estas últimas tienen un carácter general y deben interpretarse y aplicarse, de forma conveniente, en cada caso particular. Dichas leyes se hicieron para el bien espiritual de cada uno, y su letra no es más que el soporte de su espíritu; la caridad domina sobre ellas porque es su origen oculto.

Por mi parte, nacido en un régimen de cristiandad, sufrí, no sin graves consecuencias, el clima todavía fuertemente jansenista de comienzos de siglo xx, en el que todas las cuestiones que atañen a la sexualidad se resolvían silenciándolas y suprimiéndolas. Ninguna formación al respecto más que la desconfianza que culminada en algunos interdictos sacralizados. Ninguna alusión a estas cuestiones en conversaciones de padres e hijos, lo cual conducía, hasta una edad avanzada, a una ignorancia increíble sobre estas cosas. Recuerdo una lectura reciente que ejemplifica bien lo que digo. En una carta dirigida a Bremond, Blondel relata una reflexión de su joven hijo: «No deseo casarme con una mujer que esté siempre

enferma, pero si el Buen Dios me da hijos, me casaría para que mi mujer me ayude a educarlos».

Tengo setenta y seis años. Me casé a los cuarenta y en condiciones particulares que nos permitieron a mi mujer y a mí iniciar una etapa radicalmente nueva en nuestras vidas, a pesar nuestras edades relativamente avanzadas y de nuestros pasados diferentes. Se trata de algo que hemos conseguido juntos. Con fe y con energía, ambos nos consagramos a volver a dar vida a esta tierra de Les Granges, adormecida y sin cultivar desde hacía veinte años. Este empeño común, con sus iniciativas, sus riesgos y sus fatigas, ha dado a nuestro amor solidez humana, una fuerza que, apoyada totalmente en el afecto mutuo, ha permitido a cada uno ser sí mismo en fidelidad a lo que debíamos buscar, pensar y llegar a ser particularmente.

No hay dos amores iguales. Son tan diversos como las vidas individuales. Y, sin embargo, todos tienen ciertos rasgos comunes que parecen proceder de un orden propio, que distingue del de la amistad y del amor pasión. La lengua francesa sabe precisar con sus matices estas diferencias entre las diversas formas de relación personal, y particularmente entre hombre y mujer: no es lo mismo “proponer a alguien ser amigos” (“on dit à l’autre son amitié”) que “estar locamente enamorado” (“on tombe amoureux”) y que “declarar su amor” (“on avoue son amour”). No hay amistad sin reciprocidad. El amor pasión exige también esa reciprocidad, y con frecuencia la obstaculiza por su carácter imperioso y umbrío. El amor, incluso cuando se declara, aunque siempre espera ser correspondido por los sentimientos del otro, no lo exige sino que se contenta con ser...

Esta discreción del amor, su gratuidad, este deseo mudo, teñido de secreta ternura, que abarca toda la persona y que poco a poco se insinuará en todos los niveles de su ser, esta paciencia que no es mera prudencia sino respeto del otro con un no sé qué de reserva ajena a la timidez, dan a la pareja una base propiamente humana. Aquí se encuentra la mejor prenda para el futuro y la solidez del amor, a medida que éste tenga que evolucionar según el desarrollo personal

de cada miembro de la pareja y con ocasión de encuentros y acontecimientos.

El amor naciente alberga ya en su movimiento primero las promesas de su duración y de su verdad cara al porvenir. Si desemboca en la fundación de una pareja, encuentra en la unión de los cuerpos una expresión particularmente adecuada a su dinamismo: instante único, con su intensidad tan bien adaptada a los deseos profundos del hombre y de la mujer. Vivido plenamente a nivel humano, gracias a una lenta y larga preparación siempre difícil, no pocas veces dando sus tumbos, repercute en la vida cotidiana por el clima que fomenta y que es consecuencia tanto del recuerdo de lo ya vivido como de la espera de lo que aún promete ese amor.

El amor abre a cada uno hacia el sentido de la vida, de “su” vida. Ningún otro gozo se le puede comparar: nunca dos personas comparten conjuntamente otra alegría igual. Es un gozo tan singular que irradia hacia afuera, hacia los demás, cualquiera que sea. Esta alegría reaparecerá en el corazón del padre o de la madre con una profundidad e intensidad que la vida cotidiana recubre de ordinario, cuando nazca el hijo, deseado por el amor, su fruto y no únicamente su razón de ser.

¿Qué más decir? Cada pareja tiene su destino. Conoce sufrimientos proporcionados a su alegría. La forma de llevar cada uno estos sufrimientos da la talla de su persona, como también mide la finura de su gozo. Esta alegría y estos sufrimientos contribuyen a su crecimiento humano como ninguna otra cosa: historia personal de cada uno que no se comprende más que con el tiempo, después de haberla vivido. Sería vano juzgarla pero cabe asegurar que los instantes y los aspectos en ocasiones dramáticos que el hombre conoce alcanzan la estatura correspondiente a la grandeza potencial de su humanidad. Misterio del destino único y solitario de cada uno que ninguna costumbre ni ninguna ley puede regir completamente, por más que pese sobre él tanto para lo mejor como para lo peor. Las leyes y costumbres no deben sustituir la secreta realidad que hace propiamente del hombre un ser libre y responsable.

– Pero, ¿qué pensar si uno de los dos quiere abandonar a su pareja y rehacer su vida de otra manera? Si la pareja se constituyó normalmente, es decir, si los dos seres que se encontraron y se unieron eran suficientemente adultos en su humanidad, y por tanto su unión no se debía simplemente a la atracción de los sexos, a la euforia buscada por ella misma propia de este tipo de encuentro, al disfrute derivado automáticamente del acto sexual, en ese caso, a mi modo de ver, el deseo fundamental de que su unión fuera única y para siempre estaba de forma real en ellos, a pesar de que alguna ideología libertaria les asegurase –falsamente– lo contrario. El recuerdo cultivado, aún vivo, de un encuentro excepcional de este tipo, de todo lo que lo ha preparado y de lo que le ha seguido, si no es blasfemado o renegado, permanece, aunque la vida conyugal, tanto en sus tiempos débiles como en sus tiempo de crisis, se reduzca a la vida común, banal y cotidiana, de la mera convivencia.

– Pero aún hay más, y es sobre otro aspecto de la cuestión sobre el que hay que detenerse, en particular frente a aquéllos que hablan de la importancia que los otros tienen en su vida, que insisten en la necesidad de acogerlos y de servirlos, pero que descuidan las consecuencias dramáticas y a veces definitivas que ellos mismos provocan –o incluso únicamente corren el riesgo de provocar– cuando abandonan a su cónyuge o viven con el cónyuge de otro.

No existe maduración⁽²⁾ sana y auténtica, ni profundización real de la vida espiritual, si se es, de forma voluntaria, consciente o incluso cínica, el origen de la ruina –o de la perturbación– de la vida de alguien hasta niveles de profundidad que escapan a su consciencia y a su voluntad. Generalmente, esto es lo que ocurre –o se corre el ries-

(²) Légaut distingue entre «épanouissement» y «accomplissement». Por «épanouissement» entiende un tipo de realización sobre todo psicológico, mientras que por «accomplissement» se refiere a un tipo de plenitud espiritual, propiamente humana. Traducimos «épanouissement» por «realización» o «maduración» según los casos, mientras que traducimos «accomplissement» por «cumplimiento» en el sentido antes mencionado.

go de que ocurra— cuando se abandona al otro después de haber ejercido sobre él una influencia capital y de haberlo hecho a sabiendas, puesto que tal influencia había sido verdaderamente asumida. En particular, tal es la situación que puede presentarse en la pareja rota por iniciativa de uno de los cónyuges, aunque no es éste el único caso, pese a que se cite con frecuencia.

También podría ser el caso del viudo que, teniendo la dicha de poderse casar de nuevo, se decide a ello, a pesar de que no ignora el grave trauma —tal vez definitivo— que puede producirle a alguno de sus hijos todavía jóvenes; en definitiva, se trataría de un matrimonio canónico desde el punto de vista religioso y legal, recomendado médica y psicológicamente, y consecuencia de un amor auténtico y no de un simple recambio.

Por otro lado, cuando dos personas se separan, según ellos de pleno acuerdo, no estoy seguro de que sea así exactamente por ambas partes. Antes, la duda se planteaba sobre todo por el lado de la mujer. De cualquier forma, el naufragio de un amor verdadero marca la vida para siempre —e incluso la marca el fracaso, por cualquier razón, de un sentimiento fuerte en vías de convertirse en amor. La página ya pasada no puede arrancarse y arrojarse sin más a la papelera... ¿Qué pueden hacer ambos para que esta separación no lesione lo mejor de ellos mismos o, al menos, no se quede en un mero accidente del pasado que, en verdad, no puede olvidarse sin que uno no se traicione a sí mismo y al otro? Quien ha sufrido esta separación, aunque a veces la haya deseado o haya podido ser un poco la causa o la ocasión, ¿podrá alcanzar, mediante un esfuerzo personal, una aceptación, vivida en profundidad, donde el amor liberado ya de toda posesión habrá permanecido presente? Entonces, el duelo que habrá tenido que conocer le proporcionaría una mirada lúcida sobre la condición humana, en la que convivirían la visión sin autodefensas de los dramas del corazón, que se presentan en toda existencia, y la misericordia, que pone en su justo lugar la verdadera responsabilidad de cada uno. En cuanto al que haya tomado la iniciativa de la separación, después de haberla preparado de forma más o menos oscura, necesitará

algún día repensarla a la luz de su propia vida y, principalmente, a la luz de lo que ha conocido después. Si es digno de su humanidad, también él alcanzará una nueva intelección de la condición humana. Descubrirá qué ilusiones y ambigüedades están en el origen mismo de las decisiones que uno toma creyendo ser totalmente libre. Así llegará hasta poder perdonarse todo aquello de lo que antes, con todas sus fuerzas, se resistía a considerarse culpable.

– Sólo existen situaciones particulares. Sin embargo, la preocupación, la atención, el respeto por el otro y el interés hacia él no admiten excepción. Ninguna otra exigencia puede dispensar de los deberes que estas relaciones suponen para un hombre consciente de las consecuencias de sus decisiones. Se trata de una responsabilidad que forma parte integrante del ser del adulto suficientemente interiorizado si renunciamos a reducir la persona humana a un mero fenómeno que pertenece exclusivamente al dominio de las ciencias. Se dan en el hombre “llamadas” que proceden más bien de nuestras inclinaciones... No lo ignoro. A Gide le gustaba decir que él seguía su inclinación, pero cuesta arriba: antiguo resabio de su formación puritana tal vez... La llamada, tal como yo la entiendo, no es sólo esto.

No, esta exigencia íntima no es simplemente tampoco la consecuencia oculta o inconfesada de la sacralización indebida del acto sexual –sin negar que esta sacralización indebida no exista ni, sobre todo, que no haya existido nunca en régimen de cristiandad. Resulta paradójico, sin embargo, que, en ciertos medios, se insista con razón sobre la importancia considerable de la vida sexual para el equilibrio humano y su realización física y psíquica y, luego, se traten a la ligera las consecuencias que las rupturas a este nivel producen en quienes son sus víctimas aunque tengan su parte de responsabilidad en la preparación próxima o remota de dicha ruptura. Los “dramas de la ruptura”, pasto barato de la prensa sensacionalista, son las consecuencias particularmente visibles de tragedias menos espectaculares pero no menos extremas que permanecen escondidas y que a veces se perpetúan de por vida.

Esta exigencia íntima no es ni única ni principalmente –a mi modo de ver– consecuencia de una ley impuesta por la Iglesia, ley propiamente “divina” como se sostiene en los medios que dan muestras de ortodoxia sin espíritu crítico. Por ejemplo, la exigencia completamente interior que conocerá, a veces en concurrencia con otros verdaderos imperativos personales, el viudo al que ninguna ley impide volver a casarse pero que debe tener en cuenta las repercusiones nefastas que ese nuevo matrimonio podría causar en sus hijos. Del mismo modo, ¿no debe quizá un hombre ya mayor plantearse como una exigencia el rechazo a casarse con una chica joven aunque ninguna ley se lo prohíba? Por contraste, hay muchas exigencias interiores, de carácter imperativo, que el derecho canónico ha permitido eludir de manera jurídicista e hipócrita: como dispensar a una religiosa –e indirectamente a su congregación– del deber de asistir a sus padres en el desamparo de la ancianidad, justo cuando necesitan física y psíquicamente de su presencia, etc. No insisto más. Pero, cuando la Iglesia no reconoce la validez de una pareja fundada sin el sacramento del matrimonio, desconoce gravemente la profundidad humana y la calidad de la decisión que hubo en el origen de esa pareja. Eso es lo que ocurre, por ejemplo, cuando la Iglesia acepta casar religiosamente al divorciado de un matrimonio civil, haciendo así, de esas segundas nupcias, la ocasión para regularizar una situación falsa o incluso un tipo de conversión... Todas estas consideraciones resultan aún más determinantes cuando los hijos son víctimas, inocentes e indefensas, de la situación provocada por la separación de sus padres y por la presión de los litigios judiciales que frecuentemente la acompañan.

– No desconozco todas las tanteos y yerros que a menudo –no siempre– preceden y de alguna manera preparan, en el curso de las relaciones, la que será decisiva en la vida. Tampoco ignoro los sufrimientos y perturbaciones de todo orden que conoce el joven que busca su propio camino, no sólo en la oscuridad y la turbación sino también bajo la luz fascinante de las facilidades que se toleran en derredor; facilidades irrisorias y, a la postre, onerosas hasta llevar demasiado a menudo al fracaso.

La «unión sistemáticamente de prueba» es una experiencia del amor falseada fundamentalmente desde el comienzo. No se ensaya el amor ni tampoco puede mandarse. No es materia de experimentación como tampoco lo es de fabricación. Abordarlo de esta forma es condenarse a no encontrarlo nunca en su propia realidad. Al menos se corre el riesgo de ello. A tal riesgo deben añadirse todas las consecuencias que un fracaso así puede provocar tanto al otro como a uno mismo, y que con frecuencia pesarán durante mucho tiempo sobre la vida e incluso sobre el amor que a continuación uno mismo puede descubrir hacia otro o que otro puede descubrir hacia uno.

Ciertamente, resulta incómodo insistir sobre este aspecto de las relaciones. Pero la felicidad reencontrada no borra el pasado perdido. Al final de la vida, todo ocupa su lugar y lo que se ha rechazado instintiva o seminconscientemente reaparece y grava las bases que una vida que está camino de ir perdiendo vitalidad necesita para no hundirse en el pesimismo y la amargura.

– Aún añadiría que toda relación, incluso muy espiritual, en el nivel propiamente dicho del amor, será en sí misma inestable si sigue siendo platónica. La unión sexual es la culminación normal, el coronamiento específico de una relación espiritual vivida en profundidad: constituye su remate casi necesario. Quienes por cualquier razón (matrimonio o celibato religioso) intentan mantener esa relación en un nivel exclusivamente espiritual se encuentran siempre, de una manera u otra, abocados a una situación en falso que únicamente la edad permite estabilizar o normalizar, siempre que cada una de las dos personas tienda personalmente a ello. No niego que esto no pueda resultar un bello logro para algunos –tengo cierta experiencia al respecto–, sin embargo, estoy convencido de que para muchos, de forma generalizada, se trata de un callejón sin salida del que sólo se sale lastimado o abatido, en mayor o menor medida. Ciertos temperamentos mantienen mejor que otros un equilibrio de este tipo, difícil hasta lo imposible. Sin embargo, abunda el número de los que se desequilibraron a causa de experiencias que comenzaron bien pero

que, aun esforzándose por proseguirlas, no se lograron culminar. Desde luego que puede darse el caso contrario, pero para ello se necesita tiempo y singulares ascensiones. A veces es necesario “caer” en la “trampa” para salir de ella, lo reconozco, pero no es para tener que salir por lo que uno cae.

Un hombre casado no debería cultivar un amor verdadero hacia otra mujer aun cuando ese amor, en cualquier otra situación, hubiera sido para él ocasión de una vida renovada que, sin duda, no tendrá la posibilidad de lograr en su hogar. El que ha optado por el celibato por razones religiosas vividas de manera personal en el nivel de la misión debe velar, él también, para no cultivar ni favorecer un verdadero amor. Esto es aún más difícil para él que para el casado, y por una razón menos evidente que las habituales (castidad y abstinencia del celibato, soledad del corazón), aunque más frecuente: la persona consagrada muy pronto al celibato (antes incluso de que la cuestión se le plantee realmente pues, dicha cuestión, la formación recibida la trata de la forma más discreta y velada posible), por lo general mal formada sexualmente en su medio no mixto (seminario mayor y menor, noviciado, clausura), conoce las pulsiones y las atracciones de las que aquí se trata en una edad tardía, y, en esa circunstancia, atraviesa unas crisis tanto más vertiginosas cuanto más se hayan demorado.

Sé que hay excepciones y que las hay célebres. Por abreviar, ser edificante y no provocar, no diré nada más. En definitiva, sólo Dios es juez, y nadie sabe lo que pasa dentro de cada uno ni tiene porqué saberlo. Es el secreto de toda vida.

Sé muy bien lo que un gran amor puede aportar de único, de casi sobrehumano. Pero, cuando es imposible en sí mismo a causa de las condiciones en las que se presenta, ¿hay que pasar por él discretamente, sin decir ni manifestar nada? Cuando sabemos asumirlo con grandeza, una vez recuperada la paz del corazón, un amor así de inaccesible es ocasión para que se manifieste singularmente nuestra trascendencia. Conozco personas que callan un amor así, privando al otro de una felicidad real, pero también crucificante en extremo. ¿Se

equivocan? Una vez más, únicamente Dios lo sabe. Nadie puede decir al respecto nada válido.

Por mi parte, siempre me ha conmovido profundamente la lectura de *El zapato de raso* de Claudel, con ocasión del pasaje –magnífico por su elevación, realismo y poesía– en el que Don Rodrigo dice adiós a Doña Proeza a lo largo de la costa de la que se aleja para siempre. ¿Se habrían atrevido a unirse una vez, la primera y la última, subiendo a la cruz en la que permanecerían clavados ya para siempre? No lo sé, y si lo hubieran hecho, ¿quién osaría condenarlos? Mas entonces, para que todo acabara con la grandeza digna del Dios que la ha hecho posible creando al hombre y a la mujer y todo lo que ambos pueden darse mutuamente, y para que esto culminara con la grandeza digna de lo humano que reside en ambos, tendrían que saber no descender de esa cruz que, de ese modo, sería también su corona. Me guardaré de decir que esto es imposible, pero yo, tal y como me conozco, incluso a mi edad, no me fiaría.⁽⁴⁾

(4) [Párrafo de 1975, descartado en 1990] En cuanto a la práctica de las relaciones prematrimoniales, no digo que sean poco frecuentes pero las lamento. Es uno más de los aspectos del desequilibrio actual de la sociedad, originado por las condiciones de vida, por la disolución del clima social, por las carencias afectivas que resultan de que la familia se dispersa demasiado rápidamente, o de que ésta se degrada o se desmorona. Algunos, si se libran de ciertos determinismos fisiológicos y psíquicos así desencadenados, ganan con ello en madurez; madurez, por otra parte, verdaderamente muy superior a la que nosotros teníamos hace cincuenta años. Pero, al mismo tiempo, ¡cuántos desastres se producen, que el porvenir no podrá remediar! No obstante, debo afirmar también que conozco muchos jóvenes que fundan hogares cuya calidad es bien distinta de la que se conseguía en el pasado en el que se aconsejaba coincidir más en el nivel social y en lo económico que en los gustos e ideales. Antaño, muy a menudo, se fundaba primero una familia y luego, en la medida de lo posible, surgía la pareja. «No se vive de amor y de agua clara», se decía a veces. Hoy, cuando la pareja se ha constituido de manera real y adulta (con matrimonio civil o no, religioso o no), los instintos se desarrollan y se suceden, el amor llama a la paternidad y a la maternidad; y nacen los hijos: los que han sido deseados y se ha creído que se es capaz de educar en las condiciones –juzgadas de antemano puesto que nadie domina el futuro– como más favorables para su desarrollo humano.

El celibato

– Muchos sacerdotes se sentirían mejor consigo mismos y tendrían una vida espiritual más equilibrada y más sana si se casaran. La mayoría de ellos se han limitado a aceptar el celibato más que a elegirlo como tal. Con mayor o menor grado de sumisión a la doctrina, lo han visto y deseado como sacrificio agradable a Dios y como forma de vida que expresa de manera más adecuada el don total de sí mismos a Él. Algunos han pensado incluso que así ayudarían mejor a los casados a guardar la castidad impuesta a su estado... Al menos así lo ha afirmado algún laico. Pero tanto en la vida sexual como en la intelectual, el sacrificio por el sacrificio, o el sacrificio como consecuencia de consideraciones teóricas, es un acto suicida. El sacrificio debe estar radicalmente unido al ejercicio de la misión, por tratarse de algo necesario, aunque no suficiente, para su realización.

El compromiso del celibato, para que sea positivo y pueda mantenerse de manera sana, supone una exigencia interior que, directa o indirectamente, lo haya impuesto al comienzo y lo continúe sosteniendo. Nadie debería casarse si la vida que va a llevar por su misión le impide ser un verdadero marido para su esposa y un verdadero padre para sus hijos. Por lo tanto, no es bueno desear ni observar el celibato por sí mismo sino como parte integrante de la misión de quien se compromete. Entonces, la exigencia interior –cuyo signo de autenticidad es una estabilidad que, por más que pueda conocer momentos de eclipse, reaparece sin cesar con ocasión de nuevas circunstancias o tomas de conciencia– debe imponerse continuamente para que el celibato tenga verdadero sentido. En caso contrario, sería mejor que el célibe reconociera haber perdido el sentido de su celibato, bien sea por su falta, bien porque no era realmente su camino.

La única razón válida para que alguien mantenga el celibato en tales condiciones –y es razón de peso– es el escándalo, el desconcierto que su matrimonio puede provocar en su entorno, el abandono espiritual en el que se pueden sentir quienes se apoyaban en el célibe

para vivir. Tal es el caso del superior de la Orden que abandona el cargo que le habían confiado sus hermanos. Pero, ¿es igual el caso de un sacerdote que vive en su parroquia como en un desierto y cuya partida no provocará más que la comidilla de unas cuantas devotas parlanchinas o el refunfuño de algunos conservadores imbuidos de integrista?

En términos generales no soy partidario de los votos perpetuos, que sólo me parecen legítimos para aquellos a los que les resultan inútiles por el hecho de que nada se alteraría en sus vidas si no los contrajeran. En cambio, comprendo los votos temporales porque permiten una estabilidad, una defensa frente a las dificultades y las dudas íntimas que pueden presentarse en ciertas ocasiones, a ciertas horas... Suscribo totalmente lo que una vez propuso audazmente Bernard Besret –la audacia es siempre una imprudencia en un mundo de prudentes–: un año sabático en el que cada uno retomara la iniciativa de su vida. Pero esta libertad, por su cualidad, no debería conducir a una independencia totalmente indeterminada, porque el pasado fiel está ahí para limitar, casi intrínsecamente, las elecciones eventuales por hacer. La vasta posibilidad así ofrecida alentaría a renovar la toma de conciencia de la verdad del propio camino de fidelidad y, por ello, alentaría también la verdadera perseverancia.

Un sacerdote o un religioso, inmerso en el mundo actual que ya no es de cristiandad sino que, por el contrario, se ha liberado de ella y reacciona en su contra, vive en una situación límite, en una situación extrema para la que su formación (seminario o noviciado) no lo preparó verdaderamente. La ley es para el hombre y no el hombre para la ley. Según este espíritu, incumbe al obispo tanto la aplicación de una ley eclesíástica instituida en condiciones sociológicas completamente distintas, adecuadas a un universo mental de todo punto diferente, como sugerir la decisión oportuna para tal o cual sacerdote que intenta ser fiel a sí mismo en la situación siempre difícil y dolorosa en la que se encuentra. El obispo, que, en principio, se supone que conoce a sus sacerdotes, debe, en tal circunstancia, ahondar en sus relaciones personales con quien padece la crisis. Es al obispo y no

al Derecho Canónico, dictado de manera general, a quien corresponde juzgar lo que conviene al bien espiritual de cada uno. De este modo, se contribuye indirectamente al bien de todos, sin lugar a dudas. Pero actualmente, el ámbito para tales iniciativas por parte del obispo es extremadamente reducido.

La vuelta al estado laical, que no siempre se concede –¡qué responsabilidad para la autoridad que, sistemáticamente, se decide por un tal rechazo!–, hace desesperar a ciertos sacerdotes para los que la vocación sacerdotal es esencial pero que, sin embargo, no pueden soportar el celibato, dadas las condiciones de vida en que se han visto embarcados o las situaciones en las que se han visto implicados. Para muchos, esta reducción al estado laical fomenta tal amargura y acritud que acaba repercutiéndoles espiritualmente para siempre.

Tanto la cuestión de los sacerdotes casados como la de la regulación de la natalidad fueron eliminadas de entre las que el Concilio Vaticano II podía tratar. Esta eliminación autoritaria demostró el fracaso del principio de la colegialidad, que sigue siendo tan ficticio todavía en nuestros días. Son cuestiones, por otro lado, que, en la actualidad, permanecen abiertas por más que se las aparte. Nadie será tan ingenuo de creer que dichas cuestiones no se resuelven clandestinamente y, por desgracia, de manera precaria, poco sana en muchos casos... y siempre en un clima de culpabilidad latente.

– Una situación así, por su doblez, resulta más bien equívoca. Conozco muchos casos. La verdad es que un amor auténtico, aunque secreto en lo esencial, necesita atestiguar socialmente su realidad. Por eso mismo resulta tan difícil de ocultar ante ojos avisados. Pero es que, además, los instintos se solicitan recíprocamente: donde el amor nace y se desarrolla, aparecen después, como su logro final, el deseo de paternidad y, aún más, el de maternidad. Rechazarlos supondría, además de un bloqueo innecesario de la realización del amor, una causa suplementaria de degeneración. La relación se deshumaniza y pierde su norte; pletórica en un comienzo, acaba siendo humillante, cual una carga. El amor se queda entonces en falso, como lo está tam-

bién el celibato no aceptado interiormente. Son cuestiones que la Iglesia tendrá que afrontar en profundidad, que retomar desde la base. Pero eso no será posible mientras el nacimiento y crecimiento de la vida espiritual arraigada en lo humano no formen parte de la misión de la Iglesia.

Hay que tener el valor de afirmarlo: una cascada de confesiones y de absoluciones no resuelve los problemas que la autoridad discretamente consiente mientras permanezcan como algo privado y no estalle el escándalo: cosa rara porque las situaciones en falso de este tipo se presienten, sobre todo en torno al celibato. En este terreno, la perspicacia femenina es más fina que la del hombre...

En las condiciones actuales, únicamente los laicos de edad, como yo, podemos hablar abiertamente de este tema sin que parezca que buscamos justificar alguna situación personal. Hay pendiente una evolución de la sociedad y de la Iglesia que es necesaria. A los cristianos les corresponde prepararla, y a la autoridad tomar la iniciativa cuando tenga la valentía y la interioridad necesarias para cumplir su misión más allá de limitarse a conservar disciplinas que no pertenecen a los orígenes y que, por su empecinado rigor, no benefician en nada a la vida espiritual del hombre contemporáneo.

– Cuando se habla de un sacerdote casado ya no se utiliza la expresión desagradable de que “colgó los hábitos”. Es más, en muchos cristianos, hay una atención especial hacia ellos. A veces se forman pequeñas comunidades en torno a sus hogares. Profundamente cristianas a pesar de su posición normalmente marginal en la Iglesia, estas familias irradian, gracias a su vida espiritual y a la cultura y experiencia religiosas de uno o de ambos miembros de la pareja.

Por mi parte, creo que en el futuro los miembros de una comunidad de fe que estén habilitados para la celebración eucarística deberían llevar generalmente el mismo género de vida que el resto, compartir con ellos las responsabilidades y los riesgos de toda vida humana, sin omitir ningún aspecto.

Esta forma de ver las cosas no excluye la posibilidad de vocaciones al celibato, con sus necesidades impuestas por la fidelidad a las exigencias íntimas que se descubren personalmente, fruto de la vida que en consecuencia deba corresponderles. Pero en este caso, la decisión ha de tomarse como adulto, con conocimiento de causa después de haber vivido suficientemente, no por sumisión sistemática y voluntarista a ciertas normas de origen ideológico y social más que propiamente espirituales.

En mi opinión, ya no debería haber sacerdotes célibes al estilo de la mayoría de los que actualmente viven en las parroquias. Muchos de ellos llevan una existencia difícil e incluso peligrosa a fuerza de verse obligados a vivir solos y sobrecargados por el servicio del culto y de los sacramentos, acaparados, dispersos y abocados a la exterioridad debida a la proliferación de sus actividades. Este activismo devorador conduce a un cansancio extremo, a una lasitud que les lleva a no ver, en lo que hacen, más que pura artificialidad. Tan es así que parece absolutamente necesario que busquen apoyo en formar congregaciones que tomen en serio la continua formación espiritual de sus miembros.

Que el sacerdote, cuya misión es la Palabra más por lo que es que por lo que dice, esté particularmente formado y espiritualmente cultivado es una de las condiciones esenciales para que la Iglesia pueda llevar a cabo su misión en el mundo moderno, que es mucho más exigente que la cristiandad de antaño pero también más rico en posibilidades gracias a una cierta liberación de las condiciones materiales y a la generalización de la enseñanza. ¡Ya no estamos en la época en la que sólo los sacerdotes sabían leer y escribir! Es necesario que sean hombres de Dios, ciertamente, pero también que se planteen las preguntas que se hace el hombre de hoy, y que las lleven sobre sí en tanto que creyentes, no como los teólogos de tiempos pasados, ni tampoco como fideístas, que confunden la vitalidad de la fe con su certeza, a la que buscan por sí misma y que emana de verdades que, aunque se sostengan con fuerza, de hecho ya no pueden vivirse verdaderamente, como sin duda sucedía antiguamente.

Pero, no tiene necesariamente el carisma de la Palabra quien lo desea porque juzga que es “la mejor parte” o “el mayor servicio” tal como se dice en el boletín de una determinada asociación de antiguos alumnos donde se informa de los que se casan y de los que “ascienden” al sacerdocio o al estado religioso. Este carisma es fruto de la misión que algunos poseen en potencia desde que nacen y a la que corresponden paso a paso, lentamente. No, el matrimonio no es un camino inferior en comparación con los caminos seguidos por las vidas llamadas “consagradas”. El matrimonio no es un camino fácil: hay sufrimientos en la familia, especialmente por los hijos, pero también entre marido y mujer; sufrimientos incomparables con los que pueda conocer el célibe solitario, que, no obstante, también sufre lo suyo y no poco. La elección entre estas dos vías no se desprende de su facilidad o dificultad, ni de la eminencia del estado que pueden proponerse a sí mismos los que son “espiritualmente ambiciosos”. Es una cuestión de misión, más bien.

– La misión no se elige a partir de una escala de valores. Se descubre poco a poco a partir de la fidelidad a lo que nace en uno mismo; y se acoge sin buscarla o esperarla de manera explícita. A veces también se la teme de manera instintiva. La misión no es nunca el resultado de un proyecto realizado con perseverancia y tenacidad, sino el fruto lentamente madurado por obra de nuestra fidelidad a lo que percibimos íntimamente que debemos pensar, decidir o hacer día a día.

Para madurar este fruto, tanto si se trata de llegar a ser una persona casada o célibe, es indispensable la vida comunitaria. Pero en el caso del religioso no se trata únicamente de una comunidad que sea la simple transposición de la familia patriarcal del pasado, a la manera como san Benito organizó antaño la vida monástica. No hay que insistir demasiado en este aspecto afectivo, pese a que de entrada resulta muy seductor. La verdadera comunidad religiosa y monástica, en lo esencial, es de otro orden: es la comunidad de seres fieles, solitarios y únicos, que se ayudan mutuamente a crecer, más por su recíproca presencia silenciosa que por la palabra y la amistad.

Una comunidad religiosa no tiene como objeto proporcionar, de manera alternativa, las satisfacciones afectivas características de la familia. La asimilación de una comunidad religiosa a una familia es cada vez menos idónea conforme uno se aleja de la gracia de los comienzos –que es como la gracia del amor en sus inicios–, y también a medida que sus miembros se hacen más adultos. Lo propio de la familia es, sobre todo, dispersarse, pues el hijo debe abandonar el hogar paterno para fundar el suyo. La comunidad religiosa no puede hacerlo porque su razón de ser es otra: su unidad propia exige, desde el comienzo y cada vez más, la independencia de sus miembros conforme a la diversidad de sus itinerarios.

– Ciertos seres, por lo que son en sí mismos, por las situaciones a las que llegaron o con las que se encontraron, están condenados al sufrimiento y al fracaso; un fracaso que, humanamente, tiene todas las apariencias de ser radical y definitivo. Y, no obstante, incluso tales fracasos, cuando se afrontan convenientemente, preparan, a corto o largo plazo, una maduración espiritual que probablemente no se habría dado de otro modo: bien asumido en su totalidad, el fracaso puede ser ocasión y origen de una transformación que no puede proporcionar ninguna conversión que sea el resultado de una resolución virtuosa.

Las caídas del hombre trabajan su humanidad a una profundidad inalcanzable por los buenos propósitos, siempre superficiales. Las faltas más perturbadoras bajo el peso de la culpabilidad son probablemente las más fatales por causa del pasado. Pero a veces son también las más necesarias en vistas al porvenir que indirectamente preparan. Esas caídas, cuando, bajo la mirada lúcida y espiritual del creyente, ocupan su lugar propio en la vida, ayudan a éste a dar a su existencia una unidad y una unicidad que resultan sorprendentes porque ningún proyecto hubiera podido prometerlas ni aún menos procurarlas.

– Una intelección profunda del pasado, en el horizonte mismo de la existencia, es capital para acoger y desarrollar la luz y la fuerza

que permitirán salir del atolladero en el que al principio se vio uno falsamente comprometido y poco a poco bloqueado a causa de las ideas hechas que reinaban en su medio o, incluso, a causa de las presiones que se sufrieron.

Las consecuencias de los errores de enfoque cometidos al comienzo de la vida nunca se zanjarán del todo, pero pueden ser la ocasión de una sabiduría que conjure todo lamento y amargura. A la Iglesia le correspondería especialmente favorecer estos cambios de orientación que, en verdad, son optimizaciones y no defecciones. No debe ni juzgar ni amnistiar sino ser la madre que todo lo comprende y que sabe animar al que se ha extraviado porque no logró emprender su verdadero camino al comienzo, o porque ulteriormente se ha visto empujado a abandonarlo. Una madre no debe juzgar a su hijo, ni mucho menos condenarlo. Eso sería hundirlo en el destino que se abre ante él. Debe más bien pertrecharlo de confianza cara el futuro, a veces a pesar de todas las apariencias contrarias del presente. Conservando su fe en el hijo, podrá hacer renacer en él la esperanza y ayudarle a reencontrarse o, más bien, a encontrarse de verdad.

El tiempo

– La Iglesia tiene dos mil años a sus espaldas. A lo largo de todo este tiempo, se ha esforzado por preservar la memoria de los acontecimientos acaecidos en un pequeño país de Oriente, veinte siglos atrás. Con tal motivo y sin pretenderlo explícitamente, los ha engastado en su doctrina, magnificando en extremo esa historia, única por muchos aspectos. Pero, al sacralizarla, no ha podido impedir, al mismo tiempo, momificarla.

En nuestros días, conocemos mejor la historia de los orígenes cristianos. La hemos liberado de simplificaciones excesivas que la mentalidad corriente de una Iglesia atiborrada de doctrinas y de espíritu corporativo había impuesto hasta ahora. Dicha historia se muestra hoy llena de ambigüedades y complejidades que revelan más cer-

teramente los problemas vitales con los que debieron enfrentarse en su día las comunidades nacientes; pero dicha historia muestra de igual modo con qué vigor la fe y la esperanza animaban también a esas comunidades. Por otro lado, la toma de conciencia de la condición humana se ha profundizado. Está a nuestro alcance comprender mejor –desde dentro– esos acontecimientos y, más precisamente, la importancia de la percusión espiritual producida entonces, cuyo eco nos llega aún con fuerza cuando no se ve afectado por las turbulencias ideológicas del momento.

La transmisión hasta nosotros de lo que Jesús y sus discípulos vivieron hace veinte siglos pasa por la intelección de la condición humana tal como la podemos adquirir hoy. Gracias al estudio de los documentos que nos quedan de esos tiempos lejanos y gracias también a los recursos espirituales adquiridos sobre este tema por las anteriores generaciones de creyentes, dicha intelección nos permite comprender, con mayor profundidad, esa singular epopeya humana y su enorme repercusión religiosa.

En este terreno, la distancia temporal resulta irrelevante, pues, cuando se trata de lo esencial, la intelección espiritual trasciende el tiempo y el espacio si sabe liberarse suficientemente de las contingencias derivadas de ese orden. No cabe duda de que, si queremos interpretar lo que han supuesto estos acontecimientos y lo que comportan para el futuro, cuanto más nos alejemos cronológicamente de ellos, más imprescindible será, para nosotros, esa intelección espiritual que nace de la interioridad y fidelidad personales. Por otro lado, podemos asegurar también que, en tales condiciones, los elementos colaterales que pesaron sobre los acontecimientos y sobre su manera de ser reportados nos condicionan menos.

Es cierto que, cuanto más se aleja de nosotros el pasado, más nos urge ser personas interiorizadas y humana y espiritualmente vigorosas si pretendemos llegar a ser cristianos y continuar siéndolo. Con esto no reivindicó ninguna posición elitista sino que hago una mera constatación de hecho. Y esto es así, no únicamente a causa de la violen-

ta oposición con la que la fe se topa en un mundo que le es ajeno, sino también debido a las exigencias intelectuales que crecen bajo el secreto trabajo de humanización llevado a cabo, a través de los siglos, por innumerables hombres, muchos de los cuales nunca tuvieron conocimiento de Jesús aunque no por ello fueron extraños al fermento evangélico.

– Yo mismo he podido comprobar, a lo largo de los setenta y cinco años de mi vida, en la que tanto han progresado los conocimientos históricos de los orígenes, el avance conseguido respecto a la intelección de lo que Jesús vivió. Dicho avance ha sido también posible gracias a la actividad cotidiana de una búsqueda siempre atenta –en la que el tiempo juega un papel necesario–, siguiendo una lenta maduración cuyas etapas no controlamos. Puedo afirmar que lo que sucedió hace dos mil años se me hace hoy más presente que veinte años atrás, cuando aún recordaba quizá mi catecismo pero lo ignoraba todo de la vida y de la manera como es preciso vivirla para que sea digna de las potencialidades espirituales que nos son propias.

Este pasado, por su carácter capital y espiritual, llega incluso a hacérsenos más actual que los mismos acontecimientos contemporáneos, por más destacados que sean. Con el pasar de los años, nuestra profundización espiritual permite que nos aproximemos mejor a lo que vivió Jesús. Desgraciadamente, una búsqueda de este tipo suele verse obstaculizada por la educación religiosa cuando ésta, recibida en la primera juventud, antes incluso de que la personalidad haya adquirido algún vigor, se presenta como un fin en sí misma y pretende –engañosamente– proporcionar la formación espiritual necesaria y suficiente para vivir como cristiano.

Para conocer a Jesús, la experiencia humana es más necesaria que todas las cristologías. No es que éstas sean inútiles; son incluso provechosas al principio. Tales cristologías, cuyos esbozos apuntan ya en las Escrituras, ayudaron religiosamente sobre todo a quienes las elaboraron a la luz de su experiencia. Nos corresponde a nosotros recre-

arlas a partir de nuestra vida a fin de que sean para nosotros un verdadero alimento.

¡Haría falta que en cada generación surgiesen otros «san Pablo» y otros «san Juan», principalmente en estos tiempos de agitación en los que todo se cuestiona! Recrear no significa repetir: incluso utilizando los mismos términos, podemos aportar nuevos significados. La misión de la Iglesia, para ser conducida a buen puerto, exige la aparición, en cada época, de un número suficiente de creadores que, fieles al espíritu de Jesús, recreen para su entorno lo que, en lo esencial, Jesús mismo reveló a los suyos gracias a lo que era. Pero aún entonces es preciso que dichos creyentes sean reconocidos y aceptados, algo que, a menudo, no sucede más que después de muertos. También en eso Jesús, a través de su muerte y de su glorificación, nos ha indicado el camino.

– Cada época histórica –también la nuestra– puede propiciar determinados errores e incluso casi imponerlos. Por lo tanto, una cierta resistencia espontánea de la Iglesia a una tal creatividad no está exenta de sabiduría. No obstante, la Iglesia debería poseer suficiente vigor espiritual para poder acompañar, con paciencia y con fe, los titubeos de nuestros contemporáneos, algo que forma parte inalienable de la condición humana. Debería asimismo soportar tales extravíos sin ser presa del pánico, y esperar que se corrigiesen a lo largo de la vida gracias a la fidelidad personal de los que son sus miembros. En fin, debería dejar a cada uno –en cierto modo ya hombre de fe pero aún incrédulo en parte– el plazo que necesita para convertirse en un verdadero creyente. Porque quien teme equivocarse jamás progresará en el camino que aproxima a la verdad.

Hay que creer que Dios obra en toda persona que lo acoge mediante una acción secreta y poderosa de tan imperceptible e inmutable como se revela en la perseverancia que la caracteriza. Las dimensiones de esta acción son comparables a la historia del Cosmos, disimulada tras la extrema diversidad de formas que revisten sus devenires regidos por la Evolución.

No agrada al Espíritu Santo manifestarse ostensiblemente, como algunos piensan confundiendo las cosas. Más bien es la discreción en persona. Así es como la levadura actúa en la masa. La unidad de la Iglesia no se verá mermada por los inevitables extravíos que conocerán algunos de entre los mejores de sus miembros, pues en dichos extravíos no deja de estar presente la fermentación evangélica. Al contrario, de ese modo es como la Iglesia manifiesta su verdadera naturaleza. No hay que buscar su unidad en la uniformidad de sus miembros sino en la convergencia de sus fidelidades: tal es la condición que garantiza su universalidad. ¿Cómo, si no, sería más de Dios que las otras religiones?

Desde el punto de vista de la espiritualidad, el tiempo es algo crucial. El discernimiento de espíritus acertado opera a través de la perseverancia y de la maduración que es fruto suyo. No existen otros criterios aparte del tiempo. Propiamente el tiempo no es un criterio, ya que siempre tarda en manifestarse. El tiempo es, más bien, la confirmación de aquello que es exacto en el itinerario que uno sigue con fe y con fidelidad gracias a la interioridad. Lo mismo ocurre con el dicho evangélico «el árbol bueno da buenos frutos»: para que el árbol dé buenos frutos hace falta primero plantarlo, luego que se recubra de hojas y flores, y todo ello exige más de una estación.

– La pasión por la Iglesia empírica exige mucha paciencia, de otro modo el desasosiego nos vencería. Pero paciencia no es pasividad. Quien, en virtud de su fe y de su fidelidad, ha vivido sobradamente una pasión y una paciencia de este tipo, y de igual modo se ha aproximado suficientemente al don total, descubrirá, a la larga, la exactitud de las elecciones que se vio conducido a adoptar aunque ignorase, al principio, su alcance, lo mismo que la importancia de sus consecuencias.

La presencia de un ser así vinculado a su Iglesia puede incitar a la perseverancia a quien no ha recibido todavía esta confirmación en su propia vida. Esta relación de presencia a presencia –como de ser a ser– es una realidad bien misteriosa, que permite que uno se abra a la totalidad de quien sabe recibirle tal como es, sin que, no obstante, ni

uno ni otro lleguen a ser plenamente conscientes del misterio de dicha relación.

Espero ser un hombre así para mis hijos. Son ellos quienes deberán inventar su vida. Aunque ignoro lo que será de ellos mañana y pasado mañana, hoy por hoy me esfuerzo por ser yo mismo, por ser aquello que mi pasado ha ido poco a poco configurando en mí sin haber tenido plena conciencia de ello en su momento y que ahora se me revela lentamente a medida que mi gavilla se va atando y mi fruto madura. Mediante este esfuerzo mío por ser yo mismo estoy presente en ellos ahora y llegaré a estarlo más tarde, tras mi muerte, mucho más que por lo que pueda decir y hacer ante ellos. En este momento tienen necesidad de desprenderse de mí para ser ellos mismos, pero sólo necesitan traspasar la frontera que los liga a sus padres en el plano del hacer y del decir. La presencia de los padres está más allá de lo que la comunicación puede aportar, y constituye una herencia cuya realidad y valor los hijos sólo descubrirán y comprenderán a lo largo de su vida, en la medida en que sepan tomar posesión de ella gracias a su interioridad y como consecuencia de su fidelidad.

La muerte

– Para mí, la muerte constituye verdaderamente el último acto de la vida cuando ésta se ha alzado al nivel de la existencia, es decir, cuando hemos tomado conciencia de las exigencias íntimas a las que nos hemos visto sometidos y que, poco a poco, gracias a nuestra fidelidad, han jalonado nuestro pasado y dado sentido a nuestros días. Nuestra evolución interna y la de la sociedad en la que vivimos y respecto a la que nos sentimos cada vez más inadaptados a medida que van pasando los años nos conducen fatalmente hacia la muerte y nos lo hacen sentir. Pero, entre tales determinismos invencibles, de orden fisiológico, psicológico y sociológico, y el hecho de morir, puede situarse el acto libre por el que el hombre hace de la muerte su muerte al haber elevado su vida cotidiana al nivel de la existencia y encontrado en su misión su razón de ser.

Jesús estaba condenado de manera ineluctable a morir rápidamente, dada la forma de comportarse, sin precaución alguna frente a las autoridades judías y romanas. De esta muerte –que probablemente habría podido retrasar un tanto si su misión no hubiese sido algo primordial para él–, Jesús hizo su muerte, el postrer acto de su fidelidad. Por ello resulta exacto afirmar que se entregó libremente a la muerte, y no porque rechazara la intervención de una docena de legiones angélicas, capaces de defenderle eficazmente, como un evangelio le hace decir.

Cuando se llega a viejo, el pensamiento de la muerte se torna cotidiano. Atento a su alrededor, uno va tomando conciencia –mucho más que en el pasado– de la desaparición definitiva de los que ya no están, tanto los más viejos como, a menudo, también los más jóvenes. De tal modo que uno se asombra, ciertos días, de permanecer aún con vida.

Pero un pensamiento como éste de la muerte está muy lejos, me parece, del que conoceré cuando se aproxime mi muerte, si todavía soy humano en los últimos momentos de mi vida física. Somos incapaces de imaginarnos tanto nuestro fin como nuestro comienzo: las representaciones de este tipo son más bien imaginaciones piadosas o delirantes.

Pienso en mi muerte sin la menor aprehensión. Tengo buena salud e ignoro absolutamente qué me ocurrirá cuando «empiece a declinar». Si el hombre se mantiene firme en el nivel de humanidad en el que la vida se eclipsa ante la existencia, quien sepa apoyarse en su pasado podrá hacer frente a lo que debe venir, por más que deba hacerlo con los ojos cerrados, en fe desnuda, totalmente abandonado a la soledad de quien se sabe único y ya en camino, por lo que fundamentalmente ha sido, hacia la impensable comunión con la acción que le ha constituido en el ser.⁽⁵⁾

(⁵) [Párrafo de 1975 descartado en 1990] – La gran suerte de un campesino estriba en conservar raíces ancestrales, algo de lo que carecen terriblemente nues-

La sociedad urbana e industrial, en la que el nivel de vida tiene más importancia que la vida misma, no permite que la muerte alcance la conciencia de los vivos. Con los extraordinarios progresos conseguidos en lo material, ¿cómo no sentirse fascinado por el futuro y, junto a ello, no verse exteriorizado en extremo hasta el punto de no vivir más que al día y al minuto? La muerte está de más. Los muertos se hacen desaparecer de la misma manera que se retiran las basuras por la mañana temprano. Cuando se empezaron a reemplazar los carruajes de caballos por automóviles, los motores respetaban la marcha lenta de antes y el cortejo de allegados podía seguir al féretro a pie, de la casa a la parroquia y de ésta al cementerio, no lejano. Ahora van a sesenta por hora y cada vez más de prisa. Y los entierros con largas y lentas comitivas entorpecen la circulación, y quizá también planteen a algunos cuestiones ante las que nuestros alicortos políticos se quedan sin palabras.

Muy distinta resulta la situación de una sociedad aún rural que se resiste en esto a semejarse a las sociedades industriales, por considerarlo algo ficticio. Allí el féretro se lleva al cementerio a hombros, en procesión y en silencio, aunque esta costumbre se vaya perdiendo dado que la comitiva es cada vez menos silenciosa porque, en este terreno, no progresamos. Pienso en todo lo que sucede alrededor del difunto, en particular en la costumbre que yo conocí en mi tierra: la

tros jóvenes de las ciudades. Los jóvenes nacen y viven en casas o apartamentos de los que se mudan a menudo. No conocen en absoluto el arraigo necesario para que el pasado exista como tal ante ellos. La educación actual, por otro lado, contribuye a la desaparición de ese pasado, tan humano y tan digno del hombre a pesar de todo lo sucedido. La historia, en el caso de nuestros alumnos, se sitúa en el plano de los hechos –guerras, revoluciones, dictaduras– pero no en el de lo propiamente humano. Incluso hoy, con el extraordinario progreso realizado en el orden material, ¿cómo no sentirse fascinado por el futuro hasta el punto de subestimar el pasado e incluso menospreciarlo? Un pasado que, no obstante, constituye la base de un nuevo comienzo posible, si algún día se desploma la torre de Babel que representa nuestra civilización.

familia, junto con algunos amigos, se reúne en la casa, antes de amortar el cadáver, y permanece silenciosa en torno al fallecido. Cuando se conoce a quien acaba de desaparecer, después de toda una vida de trabajo diario a su lado, y se guarda silencio durante una hora ante su ataúd, se hace una meditación, con independencia de la calidad humana de cada uno, de una intensidad por lo menos igual, aunque no se sepa, que la que luego pueden ayudar a alcanzar las palabras que normalmente se pronuncian en el templo en una ocasión así. La inhumación es una actividad de la comunidad que el pueblo constituye: esa profunda comunidad que los hombres descubren que hay entre ellos con ocasión de los grandes momentos de la vida. Poco importa que el hecho de enterrar el cuerpo no sea considerado un sacramento: no por ello deja de ser una actividad comunitaria al más alto nivel.

– La intelección de la propia muerte coincide con la intelección de la propia vida. No podemos comprender nuestra muerte si antes no hemos comprendido nuestra vida, es decir, si, más allá de su recorrido, no hemos alcanzado el espíritu interior que la ha animado y que nos ha brindado la posibilidad de convertir todo lo que nos pasaba en favorable para nuestro crecimiento espiritual, y que nos hacía nacer poco a poco a nuestra misión, a nuestro ser en camino hacia su cumplimiento. Tal fue la senda que Jesús siguió y abrió para nosotros.

Para recorrer esta senda, es preciso no sólo no escamotear la muerte sino tampoco la vejez. Antes, en nuestras tierras, la vejez de los padres suponía una carga para los hijos, pero, al mismo tiempo, proporcionaba una presencia que se percibía desde la profundidad de la condición humana que la familia alcanzaba vitalmente si no explícitamente. Hoy, en la ciudad, separamos a nuestros ancianos, incluso si los colocamos en interiores muy «acicalados», los aparcamos, por decir las cosas un tanto brutalmente. Las familias ya no soportan la presencia de los mayores y no siempre por falta de espacio en los apartamentos denominados «funcionales».

Y, sin embargo, por más que los hijos tengan necesidad de desligarse de sus padres a fin de encontrar su propia consistencia personal, para ellos es bueno experimentar la cercanía y la comprensión de sus abuelos o abuelas. Existe una dialéctica entre las generaciones que hace que, a pesar de la evolución de las sociedades, los abuelos puedan a menudo aproximarse más a sus nietos que sus padres; además, les pueden dedicar más tiempo. Al menos me gusta imaginármelo, ya que perdí a mis abuelos antes de mi nacimiento y yo mismo no conozco aún la experiencia de ser abuelo. Pero me siento en comunión con muchos jóvenes que podrían ser mis nietos.

Un anciano feliz de haber vivido –sin necesidad de llegar, no obstante, al extremo de desear volver a empezar!– supone una gracia para su familia e igualmente para el mundo de relaciones que le rodea. Hay que reconocer, con todo, que no se trata de algo frecuente: la vejez es, a menudo, triste y desabrida, puesto que el adulto no ha sabido encontrar su camino y alcanzar su realización por medio de una verdadera interioridad y una intelección depurada de su lugar en el mundo, ínfimo pero necesario. El hombre está entonces desfazado por completo con respecto a su presente. Si no se siente sostenido, en lo íntimo, por su pasado, ¿qué le queda en la vida para que le resulte bueno vivir? Soporta el duelo de la carencia indiscernible de lo que, siendo fiel, habría podido llegar a ser.

– Hay huellas o esbozos de eternidad en nuestra existencia. Los descubrimos en el carácter imperativo de las exigencias que se nos imponen íntimamente, al que no deteriora ninguna contingencia de tiempo y de lugar; los descubrimos en la comprensión del orden de actividad especial que nos convierte en creadores, y, más específicamente, en creadores de nosotros mismos; creación que está más allá de toda preparación, que dependería del tiempo y del espacio. Así es como nos convertimos en lo que somos: sin enterarnos de veras en su momento ni quererlo claramente, sino siguiendo nuestra ruta sin volver la vista atrás... Sucedió paso a paso, ciegamente; y, no obstante, gracias a una luz y a una fuerza que se nos proporcionaba a medida que correspondíamos a ellas, siguiendo las cadencias y las etapas

de nuestra maduración espiritual: todas ellas condiciones secuenciadas mucho más por lo que somos y llegamos a ser que por su sucesión en el tiempo y las circunstancias en que se produjeron.

Ahora bien, me niego radicalmente a admitir que tales vestigios de eternidad me permitan intuir alguna noción sobre lo que pudiera ser mi eternidad.

En virtud de mi profundización humana tengo conciencia de ser una realidad que trasciende todo lo que puedo concebir actualmente de mí: no caigo en la tentación de imaginarme como una pequeña gota de agua que mañana se perderá indistinta en el océano. Cuanto más insistamos en la grandeza del hombre, o, con mayor precisión, cuanto más nos alcancemos a nosotros mismos, a través de nuestra misión, en nuestra unidad y unicidad; cuanto más ahondemos en la grandeza que trasciende lo contingente, de lo que nos hemos nutrido y de lo que, por nuestro pasado, hemos surgido, tanto menos nos veremos sometidos al vértigo del panteísmo, que no es, entonces, más que una transposición, en el plano metafísico, de la extrema desproporción existente entre nuestra ínfima pequeñez física y la infinita dimensión del cosmos espaciotemporal.

Jesús tenía la certeza del carácter absoluto de lo que él era ante los ojos de Dios, del carácter capital de su misión a favor del hombre, de quien afirmaba así, indirectamente, su realidad espiritual potencial, trascendente. «Mis palabras no pasarán» –le hacen decir los Evangelios–, tan persuadido estaba de que nada podría impedir que su mensaje se desarrollase, se extendiese, se perpetuase, fueran cuales fueran los acontecimientos y los antagonismos, pues estaba convencido de que su mensaje correspondía a lo esencial de lo humano.

Incluso me atrevería a afirmar que seríamos superiores a Dios –al menos tal como nos lo podemos representar– si, en el momento de nuestra muerte, fuéramos restituidos a la nada de lo impersonal.

– Algunos hombres, por estar particularmente interiorizados y ser especialmente espirituales –y quizá también por no ser ya propia-

mente miembros de una Iglesia que se satisface con la doctrina que enseña y que de ese modo sería una amenaza para ellos pues los limitaría en su búsqueda personal–, comienzan a meditar sobre la vida de Jesús de tanto como ésta les llega a plantear un interrogante. Los cristianos, por su parte, sobre todo hasta el presente, han construido un sistema de pensamiento capaz de hacerles vivible la vida y domesticable la muerte. Me adhiero, pues, con gusto, al pensamiento de Heidegger, que, no sin humor, ha tenido la audacia de decir: «El hombre comienza a pensar». Por mi parte, estoy convencido de ello.

Ciertamente, en los siglos pasados, siempre han existido algunos hombres, pocos en número, que vivían desde la fidelidad creadora, trascendiendo de ese modo –aun sirviéndose de ellas– las enseñanzas y órdenes repetidas sin cesar, en cualquier ocasión. A partir de ahora, los acontecimientos y la evolución del mundo van a obligarnos de forma más perentoria y, por consiguiente, más total y general, a tomar conciencia de la originalidad fundamental del ser humano, cuyas potencialidades espirituales son, en su orden, de la misma dimensión del cosmos: esa matriz de la que los hombres, cuando alcanzan la madurez de su cumplimiento, son los frutos prometidos.

Para vivir como persona y no como esclavo sometido a las circunstancias y a las leyes, para ser un «viviente» y no únicamente un «vivido», sería necesario alcanzar una verdadera interioridad y así desarrollar las propias posibilidades, conocidas o todavía ignoradas. En el pasado, algunos lo consiguieron gracias a sus recursos espirituales y a lo que extrajeron de las Escrituras y de las tradiciones iluminadas por sus intuiciones personales, a las que respondían con vigor y fidelidad.

Uno asume su muerte tal y como ha asumido su vida. Cuanto mejor penetremos en el misterio de lo que somos en nosotros mismos por la intelección de lo que hemos vivido, tanto menos necesitaremos conjurar la muerte mediante imaginaciones o acciones notablemente semejantes a la magia, incluso si, a través de rodeos, se les atribuye alguna eficacia sobrenatural. ¿Conoce usted el *Réquiem* de

Mozart? Cuando este músico genial estaba en sus últimos momentos quisieron tocar para él su *Réquiem*. Mozart no pudo soportarlo, tan cierto es que la más profunda intuición de lo que se ha de vivir al final no iguala lo que será vivido en esa hora en la que toda vida –puesta en cuestión, expuesta a la cuestión– se abre sobre su fruto. Toda creación comporta una apertura hacia lo eterno que estamos llamados a ser, puesto que lleva su marca de tanto como nos pertenece. Toda creación es, pues, camino hacia lo eterno; pero la meta alcanzada gracias al camino fielmente seguido es completamente distinta, aun siendo el término.